

Reseñas

Historias de una ferretería: Aceite de linaza, cinabrio y un cerdo que comía margaritas

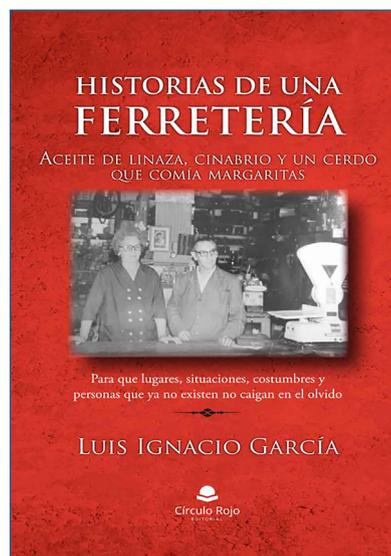
Luis Ignacio García

Luis Ignacio García González es licenciado en Ciencias Químicas y ha ejercido, durante tres décadas y media, como profesor de educación secundaria de Física y Química. Es muy conocido a nivel nacional e internacional por la web <https://fisquiweb.es/> en la que incluye, con gran entusiasmo, un buen número de recursos para la enseñanza de esas dos ciencias. Su tarea ha sido ampliamente reconocida. Por ejemplo, en 2014 recibió el premio de la RSEQ a la *Tarea Educativa y Divulgativa a Profesores de Enseñanzas Preuniversitarias* y, cuatro años después, recibió el *Premio Enseñanza y Divulgación de la Física (Enseñanza Secundaria)* por parte de la RSEF-Fundación BBVA.

Hace unos meses público este interesante libro en la editorial Círculo Rojo (ISBN 978-84-1175-505-4), del que van ya tres ediciones. En él nos describe, a través de sus recuerdos de niñez, cómo transcurría la vida en su villa natal, Luanco (Asturias), en los años sesenta y principios de los setenta del pasado siglo. Con los correspondientes matices, todo era similar a lo que ocurría en cualquier pueblo y pequeña ciudad de España: en aquella época, la televisión estaba en sus albores, y los niños se educaban, aparte de en el colegio, en la calle y en casa, tratando de buscar soluciones y encontrar explicaciones a lo que iban descubriendo en sus ambientes cotidianos.

El libro se titula *Historias de una Ferretería* porque comienza, con gran gracejo, describiendo todo lo que se encontraba en la ferretería que regentaban sus padres. Así, nos describe desde la bomba aspirante que se usaba en los años cuarenta para servir el aceite hasta restos de instrumentos de un barco donde había trabajado su padre, en sus años jóvenes, antes de montar la ferretería.

La tienda incluía también un recinto, conocido como "cuarto de pintura", en el que había productos como aguarrás (*esencia de trementina*, como se aclara en el texto), aceite de linaza cocido (del que, aparte de su composición, el autor nos indica que tiene efectos fungicidas y antimicrobianos) o albayalde (del que no nos deja sin explicar que su nombre procede de su color –blanco– en árabe y que es carbonato básico de plomo, con fórmula incluida). De este pigmento se señala que hasta pintores destacados, como Rubens y Goya, lo utilizaron sin ninguna precaución a pesar de su toxicidad y que se empleaba también en cosmética. Es curiosa también la descripción de los compuestos de cadmio, mercurio, etc. que se usaban para dar color. Ese cuarto tenía, a los ojos del autor, algo de laboratorio, dado que se hacían allí las "operaciones básicas de los procesos químicos" para la preparación de pinturas. Incluye cómo allí consiguió



Fecha de Publicación: 6/2023
ISBN: 978-84-1175-505-4
Páginas: 208
Editorial: Círculo Rojo
Precio: 17,00€

fabricar pólvora (con gran disgusto de los vecinos). Provoca ternura cuando indica que, con doce o trece años, intentó reproducir el experimento de Lavoisier, citado por su profesora, con el que el genial francés obtuvo oxígeno, calentando un óxido rojo de mercurio. Luis Ignacio lo intentó con el pigmento bermellón, preparado a partir de cinabrio (HgS) y obtuvo unas gotitas de mercurio. Se ilustran algunos objetos y materiales, como una lámpara de carburo (tan usada por los mineros), aprovechando para explicar que se trataba de carburo de calcio y especificando cómo en contacto con agua se desprendía acetileno que, al prenderse, daba una llama muy luminosa.

Aparte de la tienda y el *cuarto de la pintura*, el libro se completa con otros diez capítulos en los que se describe también el barrio, el trabajo en la tienda, sus familiares, el lugar donde estaba situada la tienda (el Corral) junto al mar con todos los fenómenos marinos y la importancia de la pesca en la época, los lugares de ocio (como circos y comedias), las fiestas y vivencias religiosas, la importancia de los cines y la llegada de la televisión, la escuela, el instituto, y el trascurso de los veranos.



Luis Ignacio García González, autor del libro reseñado.

Al tratar sobre la casa de dos entrañables tías, describe cómo le gustaba observar el comportamiento de las gotas de agua al caer sobre la superficie metálica de la cocina de carbón, produciendo una “desenfrenada y errática carrera, perdiendo volumen rápidamente, hasta que se desvanecían en una nube de vapor dejando una pequeña mancha”. Y lo explica, con la mayor naturalidad, indicando que se trata del “efecto Leidenfrost”, que pasa a justificarnos. También nos explica, a partir de esa casa, las deficiencias asociadas a los braseros de las mesas camilla de entonces. Estas deficiencias abarcaban desde problemas circulatorios por el excesivo calor en las piernas, o los incendios producidos con los faldones, a la producción del peligroso monóxido de carbono por combustión incompleta si sobre las brasas del carbón se acumulaban cenizas, impidiendo la llegada del oxígeno necesario. Y de eso se pasó a las estufas ‘catalíticas’, más seguras pero menos apreciadas al principio porque “no calentaban igual”, y que estaban basadas en la combustión del butano que, como en las cocinas, fue sustituyendo al carbón.

En el capítulo dedicado a los cines y la llegada de la televisión, destaca la impresión que le produjeron los programas de divulgación científica (como *Misterios al descubierto*) del profesor Luis Miravittles, que empezaban con la frase: “saber es útil, soñar es necesario” y donde este afamado divulgador llegó a predecir que, en cuestión de veinte años, habría una terminal universal de comunicación, anticipando así el teléfono móvil e internet.

Al tratar sobre su escuela, el autor alude a los famosos dictados, que servían para aprender a escribir correctamente,

y a la utilización de la enciclopedia Álvarez, con contenidos que permitían aprender “de todo”. Y sin tanta ilustración como los libros de texto actuales, en los que las imágenes, con frecuencia, no tienen mucha relación con el texto. En dicho capítulo, el autor aprovecha, cuando se refiere a la típica foto escolar de la época, para señalar: “no deja de ser un misterio cómo una emulsión de puntos de plata ennegrecida al recibir la luz pueden recoger la limpieza de la mirada de un niño”, o de cómo coloreó pacientemente la parte superior de una peonza con los siete colores del arco iris, para observar lo explicado en clase sobre el experimento de Newton al girar un disco con esos colores. Nos explica también cómo superó, con nueve años de edad (uno antes de lo legislado), el examen de ingreso al Instituto Técnico de Enseñanza Media, donde se impartía Bachillerato Laboral. En este Bachillerato, además de materias de ciencias y letras había talleres, a los que se asistía con un mozo azul oscuro, en los que se trabajaba el metal y la madera. También se disponía de un laboratorio donde se podían ver aparatos de física, contemplar reacciones químicas y comprobar efectos como la avidez del ácido sulfúrico por el agua o la formación de las burbujas de hidrógeno cuando se echaba una lámina de zinc dentro de dicho ácido.

Muchas aclaraciones físicas y químicas se realizan a través de más de cien notas a pie de página, en la que se explican también términos asturianos, de la pesca, y de aspectos de la época incluidos en el texto.

El gran divulgador científico Oliver Sacks, sin ser químico, sino neurólogo, en su libro *Uncle Tungsten: memories of a Chemical Boyhood*, traducido en español (obviando lamentablemente la denominación de wolframio) como *El tío tungsteno: recuerdos de un químico precoz*, introduce muchas curiosidades y conceptos de química, como cuestiones que le maravillaban en su niñez sobre la tabla periódica. Todo ello desde la evocación de la fábrica de bombillas, hechas con filamentos de wolframio (descubierto por los hermanos Elhuyar), de su tío Dave. Podemos afirmar que la obra de Luis Ignacio le hace merecedor de una comparación a la altura del libro de Sacks; también él, a través de la evocación a su infancia y el trabajo de sus padres en la ferretería, es capaz de explicarnos su amor por la ciencia y, en concreto, por la física y la química. Es por todo ello un libro que se considera ideal para profesores y alumnos de todas las edades, además del público general. Los lectores descubrirán por qué en el subtítulo se alude a “un cerdo que comía margaritas” y, con toda seguridad, disfrutarán con la lectura de algo más de 200 páginas llenas de ciencia, humanidad y ternura.

MANUELA MARTÍN SÁNCHEZ Y GABRIEL PINTO CAÑÓN
Grupo Especializado de Didáctica e Historia de la Física
y la Química (GEDH) de las Reales Sociedades Españolas
de Física y de Química.